

# EL BUEN COMBATE



## GUERRA DE FRENTE!

POR

D. Félix Bardá y Salvany

PRESBITERO

ENERO DE 1897

# ¡GUERRA DE FRENTE!

## I

Por vía de introducción



PROMETIDA nos tenéis tiempo ha segunda parte de vuestro librejo: *Acción antimasónica*, que publicó el año pasado «El Buen combate.»

—En efecto, y como lo prometido es deuda entre caballeros, y debe serlo más aún entre cristianos, ahí me tenéis, pluma en ristre, para pagaros al contado sin necesidad de apremio ni de ejecución. Y por de pronto leed el título que le acabo de echar al presente opúsculo, que os prometí: *¡Guerra de frente!*

—¡Bravo! así me gustan los hombres, y sobre todo los escritores. Hablad, pues, y explicaos sobre el particular.

—A eso voy, y entremos, sin más exordios, en materia. ¿Cuál es, decid, hoy día nuestro principal enemigo como cristianos?

—Vos diréis.

—Después de nuestros propios pecados, que son el peor enemigo de Dios y de nosotros mismos, sigue en orden de perversidad la Masonería. ¡La Masonería, he ahí el enemigo!

—Está bien; es devolverle, ojo por ojo y diente por diente, aquella su antigua fórmula de guerra á la Iglesia, que ella inventó y que Gambetta lanzó un día á los cuatro vientos de la moderna Europa: *Le clericalisme, voilà l'ennemi!*

—Exactamente. Lo cual significa que así como ella nos tiene declarada guerra franca á nosotros, á nosotros toca corresponder en igual forma, y declarársela á ella con la misma franqueza. ¡Guerra de frente! significa, pues, algo más que el título de un librito de los nuestros, hijo de cualquier momento de fervorosa exaltación; es sencillamente un deber de todo cristiano, por el mero hecho de ser tal, por el agua y la gracia del Santo Bautismo. Y quien de ese modo no lo entiende, ignora



el abecé de su cristiana profesión, que es verdadera milicia, ó no tiene sentido alguno.

—Belicoso y matachín andáis hoy día, amigo mío, hasta no poder más.

—Como siempre, camarada; pues no se ha cambiado el Evangelio, ni lleva trazas de cambiarse *in sæcula sæculorum*, sólo para dar gusto á los maulones y cobardes.

—Decíais, pues...

—Digo, pues, lo que vais á leer en las presentes cuatro páginas, si tenéis paciencia para tanto.

—Sea, y despachaos á la buena de Dios.



## II

Si es ó no deber de todo cristiano luchar  
contra la Masonería



JESUCRISTO, Hijo de Dios vivo, al abandonar en cuanto á su presencia visible este mundo, para volver al seno de su Padre, bien que prometiendo estar siempre con su Iglesia para como Cabeza suya dirigirla y ampararla y defenderla, quiso, no obstante, fuésemos los hijos de ella quienes por nuestra parte cooperásemos todos con el esfuerzo, por decirlo así, de nuestros propios brazos, á su conservación y defensa.

—Esto es evidente.

—Como no lo es menos lo que se deduce. De ahí nacen para el cristiano dos órdenes de deberes: unos relativos á su santificación y salvación individual; otros relativos al fomento y sostén de la Sociedad divina de que forma parte. De un modo

parecido á la doble obligación que al hombre compete en su vida civil: una como particular y miembro ó jefe de tal ó cual familia; otra como público ciudadano de la patria común á la cual le ligan lazos no menos inviolables.

—También eso paréceme fuera de discusión.

—No hablemos hoy de los infelices cristianos de solo bautismo, y por tanto casi de solo nombre, que llevando costumbres enteramente ajenas á aquella su profesión gloriosísima, resultan verdaderos gentiles prácticos, en algún modo de peor género que los que por desconocimiento absoluto de la fe nacen y viven y mueren en la verdadera material infidelidad. Contrayendo nuestra consideración á los que por el tenor general de su vida suelen llamarse y reconocerse con el dictado de *buenos cristianos*, hay todavía muchos de éstos que, atentos sólo al cumplimiento de sus deberes privados é individuales, desconocen ú olvidan ó siquiera atienden menos los otros deberes públicos y por decirlo así sociales, que igualmente les impone la profesión dicha en orden á la Iglesia católica, de la que por

el Bautismo fueron hechos miembros y por la Confirmación soldados.

—Paréceme, á fe, que ya en otro lugar y bajo el epígrafe de *El Apostolado seglar* tenéis más ampliamente tratados estos puntos, que en alguna manera no hacéis aquí más que someramente recordar.

—Es cierto, como lo es que la palabra del Papa en su consabida Carta al pueblo italiano dió nueva oportunidad á estas materias, que nosotros, dóciles en todo á tan augusta voz, hemos querido ahora tratar con el carácter mismo que el mismo Vicario de Cristo se ha dignado como presentarnos de su mano en un párrafo del citado Documento, que habla del modo siguiente:

«Tratándose (dice) de la secta masónica, que todo lo ha invadido, no es suficiente ponerse en guardia contra ella. Hay que salir al campo y afrontarla con valor. Lo cual haréis vosotros, amados Hijos, oponiendo prensa contra prensa, escuela contra escuela, sociedad contra sociedad, congreso contra congreso, en una palabra, *acción contra acción.*»

—Es realmente gráfica la fórmula, y de las que se pegan al oído. Seguid, que me



va interesando el asunto, más de lo que creí.

—Lo merece, por cierto, aunque no corresponda á la grandeza de él la poquedad de mi ingenio para ofrecérselo como demanda su importancia. Sigamos, empero. La acción divina, contra la acción diabólica, ha sido en todos tiempos la ocupación exclusiva de la Iglesia católica y de sus hijos. Del Cenáculo de Jerusalén salió, el día de Pentecostés, armada de todas armas la sociedad cristiana á luchar con el demonio, dueño del mundo é ignominiosamente servido por todos los poderes de él, y lo venció. Y en tal día recibieron divina y celestial investidura de paladines de Cristo, para lanzarse á pelear esas batallas, no solamente los Apóstoles, sino muchos otros discípulos del Salvador, y entre ellos con María varias piadosas mujeres, en número todos de ciento veinte. En lo cual no puede menos de verse una exacta representación de todo el pueblo fiel en sus diversas clases y categorías. De allí procedió como de su primera fuente la *acción católica* que no cesamos de predicar, y de la que el mismo Soberano Pontífice nos traza

como con el dedo el más sintético programa. Es vida el Espíritu Santo, y la vida es movimiento, es fuerza, es actividad; así como la muerte es pasividad absoluta, es la completa inercia, es el no ser. Casi es lo mismo el no obrar. Pidámosle, pues, á El nos dé tal vida y fuerza como hoy se requieren para corresponder á las presentes necesidades, que tan parecido van tornando el mundo moderno á lo que fué en tiempo de los primeros cristianos y á lo que por el esfuerzo de ellos, sostenidos por la virtud de Dios, dejó de ser muy en breve. Como hoy y más que hoy bramaban en torno del recogido Cenáculo de los primeros discípulos del Crucificado ciegas y enfurecidas muchedumbres; como hoy y más que hoy desatentados gobernantes maquinaban leyes de proscripción contra la Iglesia, y afilaban cuchillos para hacerla desaparecer ahogada en mares de sangre generosa. Y la *acción católica* arrolló aquella formidable *acción diabólica*, para no dejar de la última más que el ominoso recuerdo. Hoy, pues, como entonces desarróllese *acción contra acción*, y sea con iguales medios y sea sobre todo por igual Espíritu de Dios

que agigante nuestra pequeñez. Iguales serán entonces los resultados.

—Bien, pero ¿qué queréis sacar para nuestro objeto de estos precedentes?

—¡Friolera! Saco de ellos que si ha de haber y es de ley que haya acción católica, hemos de ser nosotros los católicos, todos los católicos, quienes andemos en ella de continuo á tajos y á puntillazos contra la otra acción, ó sea la anticatólica. Y como ésta hoy por hoy, está sintetizada en el programa doctrinal y perversos amaños de la Masonería, de ahí la necesidad de la *Guerra de frente* que os estoy predicando, y de la que la dicha demoníaca secta ha de ser el objeto principal. ¿Sigue ó no sigue el argumento?

—Pues, es claro que sigue. Mas... poned algo más en claro el carácter de esta acción ó guerra, y sepa cada cual á qué hay que atenerse sobre el particular.

—A eso voy, amigo mío, en el capítulo siguiente.

---

## III

Que la acción antimasónica ha de ser  
acción verdaderamente católica



A acción antimasónica, para que de verdad lo sea, debe ante todo procurarse que sea de verdad *católica* y que sea de verdad *acción*.

Y nadie se burle de la perogrullada, que al fin y á la postre verán que no lo es.

—A fe que lo parece.

—Pues ahora veréis que no lo es aunque lo parezca. Es preciso ante todo que la acción sea de veras tal y no mera pamplina. Nuestro siglo es pródigo en manifestaciones y protestas de todas clases. Y muchos son tan cándidos, que creen buenamente haber hecho algo cuando en el terreno de la propaganda han conseguido meter algo de ruido con estas sus protestas y manifestaciones. Y juzgan buenamente que eso es ya una suerte de acción católica, y que con ello de veras han librado hasta una batalla. Acha-

que es éste de nuestros tiempos parlamentarios y periodísticos, de que á todos se nos ha pegado algo, por nuestra desgracia.

—Tenéis razón.

—No lo cree así la mitad por lo menos del mundo de hoy, y gran parte de la otra mitad. Obrar es hacer algo, aunque esta frase parezca también otra perogrullada. Obrar no es solamente hablar y exhibirse, antes el que mucho obra suele hablar poco y exhibirse contadas veces. El toque del obrar está en su eficacia práctica y no en su resonancia. La hojarasca es lo más vano y hasta cierto punto más inútil del árbol, con todo y ser lo que se ve más de lejos y lo que más suena al roce de cualquier airecillo. El fruto suele ser escondido y de poca y á veces de ninguna pompa exterior. Quedamos, pues, en que acción significa algo esencialmente activo, eficaz, de realidad y efectos positivos; tiro con bala y no con pólvora sola á modo de juego de pirotécnica; espada de filo y de punta y no tan sólo de bruñida hoja y de dorada empuñadura como las de teatro.

—Sangriento estáis en vuestra sátira.

—Lo doloroso del caso es que sea ver-

dadera. Pero... aun hay más. La acción, además de ser acción, debe ser católica, si ha de ser lo que todos necesitamos. Y eso no solamente por ser de católicos, pues desgraciadamente sucede alguna vez que no son católicas todas las cosas de los católicos; sino católica por su objeto fin, y circunstancias, en lo cual entra de lleno lo que podemos llamar su espíritu, ó escolásticamente hablando, su razón formal que es su alma y vida y lo que le da el verdadero esencial carácter. Con lo cual ya habréis comprendido que voy contra el Naturalismo ó humanismo, que es como la polilla y gorgojo de la mayor parte las de obras modernas, aun de algunas que quieren aparecer cristianas y no consiguen ser más que humanamente honradas, y por tanto en la mayor parte de los casos perfectamente estériles, cuando no contraproducentes. Si falta en ellas el principal motivo, que debe ser la gloria de Dios, y el sello y marca primordial y visible de su Santísimo Nombre; si tal obrar no mira derechamente al cielo, por más que apunte á otro blanco muy elevado, pero siempre inferior á aquél, tierra es, y como la tierra polvo vil y miserable nada.

—No son éstas por lo visto las ideas que más privan hoy día.

—Cierto que no, y harto nos luce á los católicos la moda desastrosísima que priva hoy. Salvar al mundo y á la sociedad sin contar para nada con el Salvador de ellos parece á ciertas personas, aun buenas cristianas en sí, el colmo de la habilidad y del ingenio y de la superior diplomacia. Combatir la Masonería, el Socialismo, la pública depravación de costumbres, el moderno descreimiento social, poniendo por delante el nombre de Jesucristo, se les antoja torpeza y bobería contraproducente á esos hábiles y sutiles. Presumen tanto de serlo que juzgan con sus artificios poder engañar al mismo diablo, cuando en realidad son ellos los engañados por ese sutilísimo padre de la mentira. Se nos figuran los tales, como soldados que para combatir al enemigo aceptan de éste el terreno y el plan de ataque y hasta las municiones. Claro está que el enemigo les dará por terreno el más ventajoso á los propios intentos; por plan de ataque el que ya tiene contrastado de antemano; por municiones cartuchos de pólvora mojada ó de serrín. Con Cristo por delante

y al descubierto hay que marchar en esas lides; con Cristo y su gloriosa ignominia y su sublime necesidad hay que confundir la mundana soberbia; con Cristo y en nombre de El y para darle á El todos los lauros de la empresa y para consolarse sólo con El de todos sus quebrantos y para esperar de El los únicos decisivos auxilios, hay que hacerlo todo en esta laboriosa tarea,... so pena de quedarse sin hacer nada. ¿Parece ya tan pleonástico ó perogrullesco aquello de que la acción católica para serlo ha de principiar por ser de veras *católica* y de veras *acción*?

—No, amigo mío, y hay que reconocer que estáis en lo práctico y en lo sólido en esta cuestión.

—¡Como que estoy, gracias á Dios, en lo único y exclusivamente cristiano!





## IV

**La acción católica contra la Masonería  
debe ser, además de privada, social**



LA acción de que hablamos aquí no es solamente la individual, que debe poner en práctica todo fiel cristiano en favor de sí mismo, para lograr la salvación propia. No se trata hoy de esto. Se trata principalmente de la que viene obligado á ejercer de un modo particular el católico de nuestros días en orden á la defensa de la Iglesia Santa y de la sociedad amenazada, contra las fuerzas del mal que en odio á ambas conspiran hoy con furor tal vez jamás visto en los pasados siglos.

No siempre es posible considerar separados ó independientes uno de otro el deber privado é individual del buen católico, de su deber público y social. En muchos casos llegan estos deberes á identificarse de tal

suerte, que no se es buen cristiano en manera alguna si se desatienden los deberes de tal en orden á la vida pública, sobre todo si se trata de personas á quienes concedió Dios especiales dotes de talento, posición ú otros análogos, ó que en virtud de cargos determinados que obtienen se hallan más rigurosamente constreñidas á hacer algo más que mirar por sí. Tomando, sin embargo, bajo un punto de vista generalísimo la cuestión, admitamos brevemente la clasificación que de los deberes religiosos más comúnmente se señala, cuando se dice que el hombre los tiene para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes.

Digo, pues, que es demasiado frecuente, que es dolorosa, que es desastrosísima hoy día la conducta de muchos católicos que se contentan á lo más con ser buenos para sí y quizá (no siempre) para su familia, sin poco ni mucho preocuparse de lo que pueden y deben trabajar por los intereses generales de la Iglesia como pública institución, y del que podemos llamar Cristianismo social, ó sea, de la debida y legítima intervención que debe tener la Religión en la marcha de los públicos negocios

de su país. Esta suerte de acción, que es la que con más urgencia reclaman las necesidades de nuestros tiempos, es quizá por eso mismo la que más de ordinario suelen olvidar y hacen aun gala de despreciar no pocos cristianos, muy delicados y escrupulosos por otra parte en el cumplimiento de otras obligaciones, obligaciones no más sagradas por cierto é imprescindibles que las de que aquí estamos tratando.

—Demasiado exacta es esta observación por nuestra desgracia.

—Ahora bien. A éstos llama y á voz en grito conjura el acongojado Vicario de Dios en la Encíclica que estamos comentando. A esta *acción contra acción* (son sus propias palabras) compele y obliga, y en ella nos muestra el único remedio de nuestros males y la sola esperanza de restauración social.

Y á la verdad, si es cierto que nada podemos hacer sin el auxilio de Dios, no lo es menos que nada de ordinario quiere hacer Dios en auxilio nuestro, sin que en algo nos ayudemos nosotros mismos. En los males públicos que nos aquejan solemos tener siempre, hasta los no mal intencionados, una gran parte de responsabilidad, debida

por lo común á nuestra pasividad y apatía ó en prevenirlos ó en resistirlos ó en remediarlos. Cuando, pues, lamentamos lo muy perversamente que anda el mundo, es claro que hemos de señalar como causa primera de ello la influencia que tienen hoy en su desastrosa marcha hombres claramente perversos; no hay empero que desconocer y mucho menos que negar la otra verdad también dolorosísima, de que fuera menor esa influencia y pesaría menos en la vida social de nuestros días, si anduviese contrapesada y firmemente contrastada con la de los hombres de bien, resueltos á oponer siempre á la acción de los malos su propia y decidida y animosa acción. Resultando casi siempre verdadero que el mundo, no anda mal hoy día precisamente porque sean tan malos los malos, aunque realmente lo son mucho; sino porque no son los buenos tan buenos como debieran ser, porque realmente no están la mayor parte de ellos á la altura que exigen las presentes necesidades.

—Quizá está en eso el secreto de la mayor parte de nuestros desastres; por no decir la causa primera y principalísima de todos ellos.

—Decís muy bien, y ahora os añadiré que el estudio y observación directa de lo que estamos exponiendo sugiere dos afirmaciones que pueden parecer á alguien contradictorias, pero que en realidad no lo son. Hay en el mundo moderno más católicos de lo que á primera vista parece. Hay en el mundo moderno muchos menos católicos de lo que parece á primera vista. Opuestos se considerarán estos dos asertos, y no obstante encierran uno y otro profunda verdad de experiencia. Hay en el mundo moderno más católicos de lo que á primera vista parece. Es eso indiscutible si se atiende á las almas, gracias á Dios, todavía innumerables, que creen firmemente lo que les manda creer la Iglesia, y practican en su conducta privada y en su doméstico hogar lo que ésta las tiene preceptuado. Hay en el mundo moderno menos católicos de lo que comúnmente se cree. Y esto es no menos cierto que lo anterior, si se observa que son relativamente escasos los que comprenden toda la extensión de deberes sociales que dicho título y profesión impone.

—Más claro y más en crudo me atreve-



ría á formularlo yo, y perdonadme si os tomo sin licencia vuestra la palabra. Católicos en número, muchos todavía, gracias á Dios. Católicos en acción, no tantos, gracias á nuestra pereza. En línea de parada, innumerables; en línea de batalla... ;cuán pocos!



## V

Que todos podemos hacer algo en ese terreno de la acción católica contra la Masonería.



A que se llama *acción católica* es la que resulta de los esfuerzos unidos de todos los católicos en sentido opuesto á la *acción anticatólica*, que por nuestra desgracia es hoy la predominante en el mundo. Acción católica que debe ser *una* por su fin, que es única y exclusivamente el triunfo y consiguiente influencia de la idea cristiana en todas las esferas de la sociedad; pero que por necesidad ha de ser *varia*, según son diversas estas esferas, varios estos órdenes de la vida social en que dicha acción debe ejercerse. Uno, pues, el objetivo final; diversos los medios ó procedimientos, sin que se corra riesgo de que alguno de ellos paralice ó siquiera entorpezca la eficacia de otro, si están todos acordes, de veras acordes, en no desear ni procurar más que aquel final ob-



jetivo. Este puede condensarse en la fórmula hoy día tan vulgarizada, pero que es la más precisa de cuantas puedan darse para significar el fin supremo de la acción que aquí se predica: reinado social de Dios.

—¡Hermosa palabra, que es ella sola todo un programa!

—Ciertamente, mas no nos separemos del verdadero punto de vista práctico de nuestra cuestión. Es el siguiente. Lo vario y multiforme de la acción católica que recomienda el Papa y exigen las necesidades de nuestros tiempos, ofrece la ventaja de que todos los hijos de la fe pueden tener parte en ella y ser en la misma factores de algún valer. Todo puede servir, y está de hecho sirviendo, á los enemigos de Cristo contra la Iglesia de Cristo; todo debe en consecuencia utilizarse en defensa de Cristo por los verdaderos hijos y discípulos de Cristo. Servimos, pues, todos para el caso; todos, sin que nadie pueda alegar razonable motivo para evadirse de esa leva general de huestes cristianas, á las que no se exige sino que haga cada uno de sus individuos lo que buenamente pueda y

sepa, y nada más, en defensa de su gloriosa bandera. Queda, por lo mismo, confeso y convicto de perezoso y de cobarde, cuando no de traidor, quien se esté cruzados los brazos ó metidas las manos en los bolsillos sin resolverse á obrar, bajo fútil pretexto de que no sirve para ciertas bizarrías que aquí no se piden. Se pide hacer *algo*, y cuando se ha dicho *algo* se ha reducido la cosa á su menor expresión. *Algo* es á lo que todos llegan, sin necesidad de ser héroes ni mucho menos. *Algo* es sencillamente la expresión de la buena voluntad, pues cuando hay de veras buena voluntad nadie hay que no sea capaz de *algo* proporcionado á ella.

—Es verdad.

—Reparadlo. Algo no es lo opuesto á mucho, sino parte y principio de él. *Algo* es tan sólo opuesto á *nada*. Los grandes reos del miserable pecado de no haber hecho nada en favor de la causa de Dios, serán condenados como grandes criminales en el divino tribunal por no haber cumplido en los días de su vida con ese *algo* á que les llamaba su especial condición, y que el Criador les había impuesto como censo ó pensión de

los medios de salud, talento, fortuna ú otros (naturales ó sobrenaturales) con que los había dotado. Por no haber realizado este algo que era su misión especialísima pasarán, repetimos, á la categoría de grandes criminales no pocas personas muy respetables y muy bien vistas y muy bien quistas, que á nadie tal vez hicieron el menor daño, que no hurtaron ni defraudaron en sus negocios, que no fueron malos padres, ni malos hijos, ni malos esposos, y sí tan sólo católicos amigos de su personal conveniencia y de no darse pena alguna por nada ni por nadie, aunque en estos nadie y nada vayan comprendidos su Dios y su Religión. No hicieron daño más que á sus propias almas, á quienes tuvieron ociosas, cuando la condición exigida para ganar el cielo era que las tuviesen en continua actividad; ni defraudaron más que á su Dios y Señor, á quien no rindieron con su persona los servicios que como tal pudo y quiso exigirles, y sin los cuales no viene obligado á darles participación alguna en su gloria.

—¡Ya se ve si éstas son frioleras!

—Lo veréis más claro con una compa--



ración. Se puede ser muy mal ciudadano, y como tal ser justamente castigado por las leyes de cualquier país, sin necesidad de ser, por ejemplo, bandolero ó anarquista. El Estado exige de los súbditos el cumplimiento de ciertos deberes para con él, y no solamente que dejen de turbar la pública tranquilidad con ruidosas fechorías. Manda, por ejemplo, que den todos los contribuyentes el tanto por ciento de su riqueza imponible, y á los que son aptos exige la prestación personal en el servicio de las armas, que llega alguna vez hasta el sacrificio de la vida. Y á quien eso niega ó defrauda le castiga como reo de público delito, que puede, en casos dados, ser calificado hasta de verdadera traición. Apliquemos la semejanza. La Iglesia católica no se contenta con que no sean los suyos personas de mal vivir ó de más ó menos buena reputación en su conducta privada. Puede exigir y exige que le presten la cooperación que se le debe y que según los tiempos necesita. Quiere no solamente ser respetada, sino ser también servida; no sólo no ser contradicha, sino ser eficazmente auxiliada.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Con buen registro les salís á muchos católicos que no han creído nunca que les fuese de obligación meterse en tales honduras!

—Pues meterse han, si no quieren que como infieles y paganos, no como buenos católicos, los tenga acá la Iglesia y los juzgue en su día Dios Nuestro Señor.



## VI

Como aun en el terreno político pueden hacer mucho contra la Masonería hasta los más alejados de la política.



RESCINDIENDO de la esfera política, que es importantísima para la acción católica; respetando el natural temor que inspira á ciertas personas poner el pie en ese terreno difícil más que todos, y en el cual más que en otro alguno han de ser virtudes comunes y ordinarias la abnegación y el sacrificio; quedan, no obstante, al católico amigo de hacer algo por su fe y por el orden social cristiano, anchos campos donde ejercer su acción, y producir con la ayuda de la divina gracia maravillosos resultados.

—No son pocos, en efecto, los que andan parapetando su pereza ó su cobardía tras el especioso pretexto de que ellos «no quieren meterse en política.»

—A éstos, amigo mío, me dirijo ahora de un modo particular. Son muchísimas las gentes de pró que no se sienten con bríos para meterse en el maremagnum de los asuntos político-católicos, y á quienes nos vemos obligados á respetar en esta su abstencionista conducta, por más que no siempre podamos aplaudirla. Hay vocaciones para todo; y para nada, en el orden humano, es seguro que se necesita tanta y tan especial vocación de Dios como para la política, si ha de trabajarse en ella con algún fruto. Mas nosotros creemos que aun los no llamados á la acción político-católica propiamente dicha, pueden hacer algo en su favor y apoyo con sola una cosa, para la que ciertamente no se necesita vocación especial. Esta sola cosa es que no contribuyan en manera alguna á la política mala. El abstencionismo de la política buena puede en algunos casos tolerarse, y en otros hasta aconsejarse á determinadas personas. El abstencionismo de la política mala es de toda obligación, y á él no puede faltarse sin contraer responsabilidad de pecado. No todos estamos obligados á hacer todo el bien; pero sí estamos todos



obligados á no hacer clase alguna de mal; y no dudéis de que entre los males de peor género y condición figura hoy día la política anticristiana.

—Es innegable.

—Harán, pues, en algún modo política de Dios las almas miedosas, con sólo que se resuelvan á no secundar poco ni mucho la política del diablo. Dase, empero, con dolorosa frecuencia el caso de que no pocos cristianos que no se sienten con valor para emprender ó siquiera para secundar la política buena, siéntense, empero, con sobras de él para apoyar y favorecer con todas sus fuerzas la política mala, y no es raro ver en determinadas localidades y naciones (y España es tal vez una de éstas) donde los políticos del mal triunfan y se imponen y tiranizan al bien, más que por su propio valer, por el auxilio que les prestan millares y millones de hombres honrados que por todo quisieran pasar menos por enemigos de Dios y por perseguidores de su Iglesia santa. Estos pagan y leen sus periódicos, éstos dan realce y pedestal á sus personajes, éstos manipulan sus elecciones, éstos votan más de una vez en los

Municipios y Parlamentos según el mandato imperativo de las logias. Los francamente impíos, reducidos á sus solas fuerzas no darían cuidado alguno al Catolicismo. Se lo dan y le ponen en los duros aprietos que vemos, los impíos acompañados por infinito número de no impíos que no quieren hacer política cristiana, pero que por debilidad ó por móviles todavía más feos, la hacen anticristiana siempre que les pone un enemigo de su fe en algún serio compromiso para su respeto humano ó para su libro de caja.

—Ahí, ahí duele, donde las más de las gentes más que su oro y su plata y sus billetes de banco tienen metidito todo su corazón.

—No es otro el secreto de la mayor parte de las flojidades y cobardías. Ahora bien. A los tales no nos cansaremos de repetir: es también una suerte de acción católica el abstenerse rigurosamente de tomar parte en la acción anticatólica. Es hacer ya algo, el no hacer el mal, cuando por algún motivo atendible y razonable no podemos hacer el bien. No seáis políticos en el campo católico, enhorabuena; mas no lo seáis

tampoco ni con la más insignificante complacencia ó contemporización en el campo de los enemigos de vuestra fe. Lo menos que puede pedirse á un hombre de bien es que no ayude en modo alguno á los malvados, si no se siente con alientos ó aptitudes para ayudar eficazmente á los buenos.



## VII

**Cuál debe ser el carácter verdadero de la  
acción católica contra la Masonería**



ONVIDA la ocasión presente más que otra alguna á entrar de lleno en este orden de consideraciones. Era hasta hoy la voz de la Iglesia la que con más urgencia nos

llamaba á los católicos á una acción común en defensa de ella. Es ahora el mismo infierno quien, sino con más autoridad, quizá con voz de mayor resonancia, nos obliga á sacudir el perezoso letargo: es el instinto de nuestra propia conservación personal y de nuestros mismos intereses amenazados el que nos apremia y espolea. Cansado tal vez Dios Nuestro Señor de que no sea escuchada su palabra de labios de quien ha puesto El en la tierra como ministro y pregonero el más autorizado de ella, permite ú ordena que se haga oír entre nosotros por medio de nuestros propios enemigos y su-

yos, convertidos de repente en heraldos de su justicia y de sus más formidables amenazas. Así al antiguo Faraón, sordo á la voz del mansísimo Moisés, aterró primero con las espantosas plagas que han quedado en proverbio hasta nuestros días, y castigó luego con el definitivo hundimiento en el mar Rojo. En las plagas estamos ya; no permita Dios que nuestras inconcebibles ceguedades nos lleven hasta mares de sangre en que perezca anegada la por tantas títulos prevaricadora sociedad actual.

—¿Aludís á las recientes *expansiones* que se ha permitido contra nosotros el Anarquismo, última forma de la acción diabólica contra nosotros y contra Dios?

—Sí, á eso aludo, y testimonios tiene de ello, que aun chorrean sangre, nuestra Barcelona. ¿Nada les dice todavía eso á los católicos pazguatos y remolones en orden á la acción católica de veras á que les está llamando, en cumplimiento de su deber, la Iglesia? Ellos, los muy cobardes y comodones, todo lo esperan de la fuerza y de la policía; los políticos, de la mera reforma del Código penal. A todos se les figura que les ha de salvar el Gobierno, sin poner ellos nada de su parte.

Otros llaman á voz en grito á la Religión, y piden á ésta que los saque del atolladero. Mas no por eso se muestran más rígidos en la observancia de sus santos preceptos, ó más celosos en exigir el cumplimiento de ellos á cuantos dependen de su autoridad ó reciben su influencia. Creen muchos de esos bienaventurados del paraíso de la tierra, que tiene el cielo una como obligación de velar por la paz y seguridad de sus personas, de sus placeres, de sus riquezas y aun tal vez de sus pecados. En este sentido son hombres *de orden* y gentes de pró, y maldicen la Revolución y las malas ideas y la corrupción de las masas y la desatada corriente de anarquismo que amenaza devorarnos. Diríase que para nada les hace falta Dios Nuestro Señor, si no ha de servirles para polizante ó guardia de pública tranquilidad. Para eso quieren ellos Iglesia y Catecismo y sacerdotes y Religión del Estado y presupuesto del culto, y casi para nada más.

—Y sin embargo, Dios no se resigna á ese humillante papel. Ni para eso tomó carne humana su Unigénito Hijo, ni fundó para eso su Iglesia y dictó su admirable doctri-

na, ni para eso dió á los ricos sus riquezas, ni para eso enalteció en sus Bienaventuranzas la pobreza y predicó á los desheredados de la fortuna la paciencia y la resignación.

—Pues, es claro como el agua, y sólo no lo aciertan á ver los ciegos de conveniencia. Quiere Dios que sean los hijos de su ley santa soldados de su cruz y cooperadores con El á la obra de la redención del mundo y al logro de su paz temporal y eterna; no que á El le hagan servir de mero lastre para que con más seguridad puedan navegar ellos viento en popa por el ancho mar de sus mundanas felicidades y terrenas concupiscencias. Trabajar ha prometido con nosotros, pero á condición de que trabajemos nosotros con El en sus obras, que tanto como obras suyas deben en este concepto considerarse obras nuestras. Y pues el infierno y los adheridos á su bandera no cesan día y noche en su *acción* espantosa para destruir en el mundo los efectos de la venida y muerte del Hijo de Dios, exige El que no nos durmamos nosotros en las pajas, como se dice, sino que traigamos de continuo entablada contra el infierno otra *acción*

no menos animosa y enérgica, con la cual y auxiliados por la divina gracia manten-  
gamos viva en la sociedad la eficacia de la  
divina Sangre, y nos enriquezcamos cada  
día y enriquezcamos á nuestros prójimos  
con nuevos frutos de ella, para su felicidad  
en esta y en la otra vida. Y en este sentido  
es la Iglesia la tutora de la civilización y  
la salvaguardia del orden público y el dique  
de las revoluciones, y en otro sentido no.





## VIII

# Recapitulación final y compendio y suma de todo lo dicho



QUE sea de veras *acción* y que de veras sea acción *católica* quiere nuestro Santísimo Padre la acción antimasónica que recomienda hoy día con más ahinco que nunca á todos sus hijos. ¿Queréis símbolo de ella apropiadísimo, y que más que símbolo sea de la misma verdadero principio y fin y medio al mismo tiempo?

Todo esto tenéis en el Corazón de Cristo. Principio, hemos dicho, y fin y medio.

¿De qué se trata cuando se convoca á todo el pueblo cristiano á general cruzada contra la Masonería? Trátase de una obra toda sobrenatural y divina, continuación y extensión de la que inició en el mundo el Unigénito de Dios, cuando con su divina Sangre se propuso rescatarlo del poder de

Luzbel en cuyo ignominioso yugo gemía. No se trata de obra alguna humana, no de terrena conquista, nó de material progreso, nó de mera civilización y cultura, nó de puro mejoramiento social, nó del suspirado y nunca hallado equilibrio de clases. Es verdad que de todo eso se trata, pero no se trata de eso. Y si alguien juzga hallar también aquí notoria contradicción, anda muy equivocado. De todo eso se trata, porque todo eso hallan en Cristo los que fiel y verdaderamente le buscan á El y su divino reinado; de nada de eso se trata, porque en realidad no hay que buscar eso como especial objetivo de nuestra *acción*, so pena si eso buscamos de no alcanzarlo jamás. Porque sucede aquí una cosa por todo extremo rara y curiosísima. Buscando á Cristo-Dios y el reinado suyo, se vienen por sí solas en pos de El todas aquellas terrestres ventajas. Haciendo, en cambio, de ellas pretencioso blanco de nuestra actividad, huyen de nosotros cuando más hacemos por alcanzarlas, hasta dejarnos sumisos en la vergüenza del desengaño y en la desesperación de la impotencia.

—Como al ojo lo tenemos cada día.

—Justo castigo y desengaño del Naturalismo hoy día dominante. Obra toda sobrenatural, toda divina, toda de celestial origen y fin fué la que emprendió en el mundo el Divino Redentor y Restaurador de las almas y de los pueblos, y sólo la acción terrena identificada con aquella acción celestial, sólo el esfuerzo del Hombre-Dios, es lo que puede tener, gracias á eso, alguna eficacia redentora y restauradora. Languidece, ó mejor agoniza y perece el mundo de hoy, como enfermo de clase holgada y opulenta, en medio del fausto de sus riquezas, del brillo y novedad de sus inventos, de la gala y pompa de sus filósofos y oradores, del ingenio y travesura de sus gobernantes y diplomáticos. Languidece, agoniza, perece, y él, el siglo más proveído de toda suerte de humanos recursos, no los halla para contener por unos momentos el curso de su mortal dolencia. Es que cuantos médicos le van saliendo al infeliz no hacen más que aplicarle remedios *de uso externo*, perdónese-nos la vulgaridad; cuando para el mal de entrañas que le consume no hay más que un reactivo eficaz, y de éste hay empeño

formal en no hacer caso alguno. El reactivo es la vida sobrenatural. Sufre anemia de esta vida, y no sanará si ella no vuelve á levantar su decaído organismo.

Decid sino ¿de dónde, fisiológicamente hablando, procede en el hombre la acción de todos los miembros? ¿Por cuál órgano fundamental la comunica y distribuye, por decirlo así, el alma hasta las partes más insignificantes del cuerpo? Pues, por medio del continuo abrir y cerrarse de esa válvula misteriosa que se llama el corazón. Para servir de corazón al organismo moral del género humano dióle el Verbo encarnado su propio Corazón, á fin de que latiendo sin cesar en medio de él lo vivificase y animase con toda suerte de poderosas y reaccionadoras influencias. «Os quitaré, dijo por un Profeta con sublime metáfora, os quitaré el corazón de piedra que tenéis, y os daré corazón de carne.» Corazón de piedra, duro, insensible, egoísta, estéril, es todo lo que el mundo puede ofrecer de sí con sus cálculos, sabiduría, ingenio, riquezas, invenciones. Con eso solo, por brillante que sea, no se vive. Con eso solo no se logra sino agonizar y perecer. Corazón vi-



vo, de carne viva y vivificada por el Espíritu de Dios, corazón abrasado en incendios de caridad, corazón sediento de toda clase de sacrificios y hasta del martirio para acrecentarla, corazón que no puede ser de tales condiciones como no sea el Corazón de Dios ó tocado del fuego del Corazón de Dios, éste es el único que puede hoy reanimar y rejuvenecer el yerto organismo moral del mundo, como otra vez lo reanimó y rejuveneció. Este, en cambio, es el que el infeliz con suicida locura está pugnando forzosamente por acabar de arrancar de su seno, á título de progreso y emancipación de la humanidad.

—Demasiado lo estamos viendo, y lo están pregonando nuestros desastres.

—Despertemos, pues; la acción católica legítima es, la que nace (y no hay otra) y vive del Corazón de Jesús hecho corazón y centro de la vida moral del género humano. Corazón que el Naturalismo, cuyo verbo es la Masonería, pretende extirpar de sus entrañas, ó si tanto no logra, paralizar siquiera (por medio del Liberalismo) en sus movimientos, y reducir en su influencia.

Tal es «El Buen combate» (*Bonum certamen*) en que deben andar los católicos de hoy; tal la única poderosa y eficaz «Guerra de frente» que á todos se nos impone contra la Masonería.

Sabadell, 1897.

A. M. D. G.